

EL DILEMA MORAL DE VILLAMARTIN

Por Miguel CUARTERO LARREA
General de Brigada de Artillería (DEM)

La vida de Villamartín y su obra se prestan al examen desde muy diversos puntos de vista, tanto en su aspecto filosófico como por sus conclusiones de tratadista militar, y asimismo como psicólogo, historiador, literato o periodista; pero desde nuestra observación se ha preferido analizar las circunstancias humanas y morales que pesaron en su ánimo y grabaron con marcada preponderancia su espíritu, en la actitud y decisiones que adoptó ante los acontecimientos que le tocó vivir.

«Dilema moral» es el título y tema de este comentario y en él ha de pesar extraordinariamente el hecho tan conocido y tantas veces comentado de su actuación en la batalla de Alcolea, cuando hallándose de ayudante del General en Jefe, Marqués de Novaliches, su concepto de disciplina le hace mantenerse a su lado con plena fidelidad, no sólo en la actitud leal de quien acepta una situación de obligada obediencia, sino en la plenitud de entrega profesional, como señalaban las viejas Ordenanzas Militares, «... porque limitarse a cumplir con la obligación, sin que la propia voluntad adelante cosa alguna vale muy poco para el servicio», y esto, cuando sus criterios personales estaban ideológicamente más cerca de los que sustentaban sus adversarios de aquel día.

Por su relación con determinados políticos de su tiempo (Pi y Margall) algunos biógrafos le atribuyen un ideario republicano y otros quieren ver en su actitud y publicaciones un sentimiento político vinculado al posterior socialismo; pero en su caso responden más a una interpretación de la vivencia hispánica de su tiempo, y de alguna manera en su supuesto federalismo para Villamartín pesa en alto grado su valoración en la defensa bélica, «El sistema

federal —dice— ya sea la forma política de un país, ya un accidente producido por un rompimiento súbito del Estado es el más a propósito para la resistencia... La ocupación de España en paz por los franceses como aliados, fue funesta a éstos el día en que se rompió la lucha, porque sin gobierno y sin vida política, la Nación hecha pedazos se aprestó a la defensa, no obedeciendo a un impulso de una fuerza central que, anulada, hubiera comprometido el éxito, sino al impulso de cien fuerzas de distinto centro, que era preciso dominar una a una y todas juntas». En todo caso, su actitud refleja el convencimiento político y realista de la necesidad de una progresividad hacia el futuro.

Sin embargo, su norma de conducta asociada al sentimiento que con motivo de la muerte de su hija, expresa en la carta a un amigo «... no era feliz, pero creía serlo...», refleja la lamentación de algo espiritual que de modo inconsciente ocupa toda su vida, y que en esencia es el efecto de insatisfacción del medio que le rodea, y del problema de incompreensión que sufre cuando se lamenta de no haber encontrado apoyo para la difusión de sus trabajos, y más aún la tristeza de que la concesión de la Cruz de la Orden de Carlos III, se deba al impulso y reconocimiento de autoridades extranjeras.

¿Pero esta situación y sentimientos, son una consecuencia que corresponde sólo a un estado de ánimo personal y particular o trasciende también al ambiente que le rodea, y en qué grado han de interpretarse como reacción hacia los entornos civil y militar? Sus dos primeros ascensos los obtiene rápidamente: el de Teniente como consecuencia de la gracia general concedida por los sucesos de 1854, y el de Capitán por méritos de guerra, defendiendo valerosamente, en julio de 1856, el cuartel de San Pablo, con sólo veinte soldados y en cuya acción resultó herido. Pero los dos se debían a choques en lucha revolucionaria, que con tanta frecuencia se repetirán en la época en que vive y en la que alcanzan gran protagonismos muchos jefes militares, que lograron el rápido avance en sus empleos en acciones militares de la campaña carlista.

A un hombre estudioso que analiza en profundidad todos los acontecimientos políticos y sociales de su tiempo y que con visión amplia durante su destino en Cuba, desde la lejanía de su circunstancial observatorio, tiene la intuición de lo que han de ser las futuras contiendas militares... «... La guerra del porvenir presentará lo que todavía no se ha visto, grandes desembarcos; y la lucha entre los dos continentes, necesaria para cumplir los destinos de

las nacionalidades modernas, y para poner en armonía los intereses de los dos mundos...», no le satisface la conducción y la forma en que los Gobiernos y los mandos responsables que se suceden observan las amenazas interiores y exteriores a su Patria, a la que quiere intensamente, considerando que se pierden inútilmente empeñados en conflictos y planteamientos locales que ni política, ni orgánicamente pueden ser resolutivos ni clarificadores para el futuro.

Esta visión amplia, le hace comprender tanto ideológica como científicamente, que la solución de los problemas ha de ser a la vez social, económica, cultural y educativa, lo que ahora llamaríamos global, y que no puede culminarse con la sola improvisación. En la España de entonces, se intentan resolver los problemas con fórmulas simplistas y románticas, que buscan la solución en el recurso de la continuidad conceptual de los métodos guerrilleros de la lucha de independencia o del carlismo y que de modo inconsciente se reflejan en los ambientes políticos y militares del país.

En plena época de la improvisación romántica, Villamartín, aunque de sensibilidad romántica por su espíritu de generosidad y compañerismo en su trato humano, lo mismo con superiores que inferiores, es profundamente clásico en las fórmulas y maneras de llevar a cabo su trabajo y recordando el ejemplo francés expresa «... a medida que el Estado (Francia) recobraba su perdida calma, se crearon escuelas militares que, como la Politécnica, han dado tanta gloria, y que han destruido para siempre el error funesto de que para la guerra no se necesita ciencia, sino fortuna y valor». Por eso propugna como necesaria la enseñanza y alcance de una verdadera Ciencia Militar, y la continuidad en la planificación y propósitos de unos ejércitos que no pueden alcanzarse con tropas de milicias y voluntarios circunstanciales, sino con ejércitos organizados con carácter permanente.

Pero esta aspiración choca con los hábitos heredados de un ambiente pasado pero muy cercano a su tiempo. En la formación y actividad de las guerrillas los ejemplos históricos reflejaron la exigencia del valor personal hasta el grado heróico, pero al llevar a cabo sus acciones, la ejecución adoptaba fórmulas elementales de lucha, que no precisaban ni táctica, ni mucho menos logísticamente, de gran preparación para mantenerse defensivamente en la táctica de destrucción, practicando en bastantes casos lo que después se ha llamado la táctica de «tierra quemada».

En casi todos los empeños no se intentaba resolver una situación definitiva, sino simplemente obstruir y esa misma facilidad en el éxito, con la que bastantes guerrilleros alcanzaron en sus empeños altos grados militares, hizo por otro lado que los menos afortunados no buscasen la solución diaria de sus vidas en el trabajo, al que les costaba mucho volver al llegar la paz, sino en los impulsos de la violencia. Y así surgió algo que, hablando con términos de hoy, sería el «síndrome de la guerrilla», y que habría de pesar ya a lo largo de toda nuestra historia del siglo XIX.

Son pocos los que entonces comprenden que aquel camino no puede llevar a la solución de ningún problema nacional, y para aclarar estos conceptos, escribe Villamartín su obra sobre arte militar, que modestamente titula *Nociones*, y que resultan de mucha mayor amplitud, porque sus conceptos, aunque los dedique al ámbito castrense, son de alcance general; son más que un Tratado de Estrategia, Táctica o Historia Militar, con extensión filosófica y orgánica y con lenguaje claro y asequible enseña la trascendencia de una planificación, del método y de la moderna concepción de las operaciones militares. Allí explica, adelantándose a su tiempo, lo que un siglo más tarde se entendería por Política de Defensa, pero choca con el rechazo y la incomprensión de cuantos en su entorno, y esto lo mismo militares que civiles, parecen vivir absorbidos por los problemas de una rutinaria contingencia diaria.

Es una reacción ambiental que se retrata en algún comentario de sus biógrafos al narrar la incorporación de Villamartín a su Regimiento en Granada y en las alusiones a la irónica expresión «no estudies» con que lo reciben en su unidad «... porque no te valdrá para nada si careces de apoyos en Madrid y tampoco si los tienes, porque en ese caso no te hará falta estudiar».

Villamartín, que en lenguaje moderno se diría que es un prospectivo, se torna triste más que escéptico, pero nunca amargado—lo que es muy importante— porque sus conceptos ideológicos de progresismo en lo social y político están asociados a un sentimiento religioso que le inducen a expresar la frase aludida al comienzo de este comentario «no era feliz, pero creía serlo...».

Al interpretar las causas que habían llevado a la generalización de aquel triste ambiente, llega a la conclusión de que fueron consecuencia de los reflejos psicológicos arrastrados desde las guerras civiles, en las que el individualismo llega a quebrantar la disciplina que, para Villamartín «es el escrupuloso respeto a las leyes y regla-

mentos; el respeto al ciudadano, a la propiedad, el aprecio de sí mismo, los buenos modales, la aversión a los vicios, la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia...».

Pero en la época postguerrillera todos se consideraban en condiciones de llegar a todo, y así se acusa un «provincialismo en la paz», sin que se aprecie ninguna acción exterior que aglutine a los españoles, lo que lleva consigo la falta de convivencia porque todos son competidores.

Analizando el fenómeno guerra, estima polemológicamente que es efecto de la Naturaleza, pero señalando que en las luchas civiles se quebrantan más que en ningún otro caso los derechos humanos, lo que en el ejemplo hispánico deshace socialmente los vínculos no sólo locales, sino incluso familiares, y acaba con la pregunta: «¿Es lo mismo tener al enemigo enfrente, que tenerle sentado a la misma mesa?».

En este marco, los casos de fracaso fomentan un sentimiento de incompreensión colectiva que empuja hacia el exilio, creando como consecuencia el «revanchismo», que es totalmente contrario al sentimiento aglutinador que, ya sean vencedores o vencidos, se percibe en los pueblos que han sostenido alguna contienda de carácter nacional con el exterior.

Y este fenómeno del «exilio», al margen de las ideologías, llega a reflejarse en las conductas políticas de unos y otros, acusándose de modo pendular a lo largo de más de siglo y medio.

Resulta curioso que por circunstancias diferentes, existe otro personaje, también español y militar, escritor como Villamartín, del que se celebró el pasado año el segundo centenario de su muerte, y que también sintió las consecuencias de algún problema o dilema moral semejante y que valdría recordar en esta ocasión.

Se trata de Cadalso, vivió en pleno siglo XVIII, se le considera literariamente como un prerromántico, y aunque en reflejos personales de las «Noches Lúgubres», pueda asignársele aquel sentimiento, en el resto de su obra y por su actitud, ideológica y conceptualmente resulta auténticamente clasista. Como Villamartín, quiere a España, pero ve que las soluciones que se adoptan, pese al movimiento enciclopedista y al interés científico de la época, los políticos miran más hacia el pasado y están muy lejos de las decisiones estudiadas que habrían que aplicar. Es entusiasta de la profesión militar y del Ejército, al que se entrega plenamente hasta

dar su vida en el sitio de Gibraltar, pero no comparte la conducta pasiva que estima abúlica de sus compañeros, hacia los que, pese a ello, siente verdadero afecto, pero de los que es incomprendido, lamentándose como Villamartín de la carencia de alguna visión de progreso y modernización.

A ambos habría que considerarlos con mentalidad universal. Los dos, aunque por circunstancias diferentes, tienen oportunidad de salir al extranjero y pueden apreciar desde allí, contrastes y comparaciones; adquieren conocimientos de idiomas y ven los problemas con visión general; quieren a su Patria, pero sin cerrazón «celtibérica»; los dos comprenden la necesidad del estudio y del perfeccionamiento técnico y profesional, y el resultado de su preparación lo acreditan uno con el General Ricardo, que luégo será el militar español más destacado de su tiempo, por la forma de conducir la Campaña del Rosellón, y otro cerca del Marqués del Duero, al que parece ayudó Villamartín mientras escribía su *Tratado de Táctica*, y que después muere durante la Segunda Guerra Carlista.

Si el primero critica la sociedad de su tiempo en *Los eruditos a la violeta*, y llega a decir al referirse a lo militar «... en los ejércitos muy lucidos y simétricos, su efectividad resulta dudosa por el peso de las pasiones y estar mandados por Generales en los que la capacidad es menos de lo que se requiere...», también Villamartín, comenta y analiza los efectos similares de mandos improvisados o que llegan demasiado rápidamente a las máximas jerarquías, porque sin ignorar sus méritos, algunos alcanzaron los puestos de máxima responsabilidad sin suficiente experiencia y práctica. Habría que recordar a este respecto que casi todos los mandos relevantes de su tiempo llegaron al generalato en la tercera década de su edad, cualidad que no podría negarse al genio napoleónico, pero sí a la multiplicación de casos, porque como apunta el matemático Poincare en sus teorías sobre el azar, un genio sólo tiene probabilidad de producirse cada quinientos años.

Este fenómeno de avidez de mando, tanto en el marco civil como en el militar, se ha dado en España con bastante frecuencia en todos los ámbitos y sectores de la sociedad, olvidando algo que Ortega y Gasset señalaba al decir que en el proceso de las generaciones se dan normalmente en la vida humana, tres períodos de formación; de estudio y aprendizaje primero, después de práctica de los conocimientos adquiridos y finalmente del ejercicio de la facultad de mando, dirección y responsabilidad de sus empeños;

tres períodos que, independientemente del momento de iniciación del primero, suelen tener cada uno la duración aproximada de quince años.

Tal vez por el quebranto de este proceso en sus respectivos períodos, Cadalso y Villamartín buscaron el desahogo de sus fracasados empeños intelectuales en la amistad y compañía literaria, de Meléndez Valdés uno y de Núñez de Arce el otro. Curiosamente, los dos amigos aunque por distintas causas sienten también las quiebras de sus posiciones y actitudes; aquél está a punto de ser fusilado en la Guerra de Independencia, y el otro, pese a los puestos políticos que llega a alcanzar se siente pesimista, y en algún poema como «El vértigo» se refleja de lejos el retrato de una lucha familiar fratricida y violenta, como si acusara toda la pesadumbre del caminar del mundo, que en algún momento estima que lo llevará al caos.

El fracaso de estas situaciones lo retrata de modo terminante Villamartín en sus «Bases de la Organización», con estos términos: «Un país donde no hay hábitos de guerra, costumbres y leyes militares siempre conocidas y siempre en vigor; hombres que hayan consagrado a las armas su vida e inteligencia; si se ve precisado a levantar un ejército, además de luchar con las dificultades que brotan del peligro mismo, que crece de momento en momento, sin obstáculo en su camino, se halla con elementos heterogéneos y extraños a la milicia... Allí van en tropel hombres valientes tal vez, buenos conocedores de las armas, pero acostumbrados en su moral y en su naturaleza física a la libertad civil, se amoldan difícil y penosamente a deberes militares..., la austeridad y obediencia no pueden ser aceptadas de buen grado por estos hombres que ven el Ejército como una institución transitoria..., de aquí la indisciplina». Y después sigue: «pervertido el Ejército, las filas se nutren de aventureros, la hez de los ciudadanos toma las armas para buscar en los disturbios de la guerra, lo que la paz no puede darles; así se consigue la fuerza pública la más cara, la más desmoralizada, la más débil ante el enemigo..., la que menos cumple con el derecho de gentes, y lo que es peor de todo, nutrida de hombres que a toda costa quieren que la guerra siga, y se hallan decididos si termina a lanzarse a bandas criminales... He aquí un país envuelto en guerras crueles, sin objeto ni razón..., víctimas del brutal militarismo de los ejércitos temporales».

Realmente a lo largo del tiempo muchos tratadistas y pensa-

dores españoles, se han referido a esta actitud destructora en algunas guerras, y así Menéndez Pelayo comentando algunos aspectos de la Primera Guerra Carlista señalaba que «... desde la matanza de frailes, la guerra civil creció en intensidad y fue como la guerra de tribus salvajes lanzadas al campo de las primitivas edades de la Historia, guerra de exterminio y de represalias feroces».

Y en su obra sobre «El ejército español en el siglo XIX», también Fernández Basterreche comenta: «en 1834 un Capitán de Zumalacárregui alanceó a quinientos prisioneros... y el infame fusilamiento por los liberales de la madre de Cabrera, fue contestado con la ejecución por parte carlista de treinta mujeres.

Pero este fenómeno de agresividad, rebasa el ambiente puramente militar y penetra de modo general en toda la sociedad civil de aquella época. Posiblemente nadie lo ha retratado mejor que Pérez Galdós en la serie de Episodios Nacionales, en un pasaje de «Los apostólicos», cuando se enfrentan en una discusión dos personas, apostólico uno y liberal otro, que en sus actitudes políticas y en la formulación de sus criterios, reflejaban el radicalismo de los antagonismos ideológicos de los partidos.

Y así se manifiesta el liberal: «... he perdido todas las ilusiones. He vivido mucho tiempo en España en medio de las tempestades de los partidos victoriosos y mucho tiempo también en el extranjero, en medio del despecho de los españoles vencidos y desterrados. La experiencia me ha hecho ver, que son igualmente estériles los gobiernos que persiguen defendiéndose y los bandos que atacan conspirando... España tiene hoy la controversia en los labios; una aspiración vaga en la mente; cierto instinto ciego de mudanza, pero el despotismo está en su corazón y en sus venas... He visto hombres que han predicado con elocuencia las ideas liberales, que con ellas han hecho revoluciones y con ellas han gobernado. Pues bien, éstos han sido en todos sus actos déspotas insufribles... Aquí es déspota el ministro liberal; déspota el empleado, el portero y el miliciano nacional; el tiranuelo, el periodista, el muñidor de elecciones y el que grita en las calles himnos y bravatas patrióticas... La idea de libertad modificó algo las inteligencias..., pero, ¡hay!, los corazones siguen perteneciendo al absolutismo que los crió. Mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia, que aquí es como una segunda naturaleza, no ceda su puesto al respeto mutuo no habrá libertades...».

Y al final termina: «... una ley ineludible arrastrará mal de su grado a España por el camino que ha tomado la civilización...» Seguramente andará a trompicones, cayendo y levantándose a cada paso, pero andará. El absolutismo es una imposibilidad y el liberalismo una dificultad. A lo difícil me atengo, rechazando lo imposible. Pero hemos de pasar un siglo de tentativas, ensayos, dolores y convulsiones terribles... ¡Un siglo!, y esta es la causa de mi tristeza.

Esto lo escribió Galdós en 1879, y al retratar la historia ambiental de la época, parece que sin nombrarlo retrataba también el «dilema moral» de Villamartín.

En el arte pictórico, se plasma muchas veces un espíritu y una época, y en este caso habría que pensar si en la mente de Villamartín se hacían imposibles y contrastaban, la elegancia española del vencedor en la rendición de Breda, con el amargor violento del fusilamiento de Torrijos.

Ha pasado un siglo desde la muerte de Villamartín y de la lamentación galdosiana, y no sólo para la Historia, sino también mirando hacia el futuro, habría que meditar en qué grado aquellos supuestos y las ideas que mostró nuestro tratadista perviven a lo largo del tiempo.

* * *